

Con esa mano no se saluda

Por Jesús Adrián Blanco Amaya

Esta historia la escuche en una de esas visitas a la casa de mis abuelos, en las que se nos hacía noche escuchando las pláticas de los mayores. Recuerdo haber estado sentado en un sillón a lado de mi hermana, quien al igual que yo estaba enojada porque ya tenía sueño y porque yo pestañeé algunas veces recargándome sobre su hombro. Yo estaba molesto después de varios codazos de ella y empecé a poner atención de lo que mis tías y mi mamá platicaban.

Hablaban de un tío abuelo llamado Julio al que había conocido una vez que fuimos a visitar a los parientes del rancho, allá para el sur de Nuevo León. El tío era un profesor jubilado, respetable y elegante, pero muy serio y apartado. Cuando lo conocí me recordó al conde Drácula que salía en las películas antiguas a blanco y negro porque sobre sus orejas tenía unas líneas blancas de canas que resaltaban entre su cabello negro y abundante. En el momento que nos lo presentaron a mi hermana y a mí, recuerdo que saludó con la mano izquierda y yo que tenía cinco años le dije, como me decía mi mamá:

–Con esa mano no se saluda.

Enseguida mi mamá colorada de vergüenza se disculpó con los parientes por mis ocurrencias, pero aun así el tío mantuvo su mano derecha en la bolsa del pantalón y con la izquierda manoteo en el aire diciendo algo así como que no había tenido importancia mi metida de pata.

Bueno, esa noche en que mamá y mis tías platicaban en casa de los abuelos entendí aquel bochorno que le hice pasar a mis papás.

El tío había nacido en aquel rancho un año de mucha sequía. Fue el menor de 11 hermanos y toda su familia que se dedicaba a la agricultura estaba desesperada por la falta de agua, así que ese año pasaron mucho tiempo recorriendo los lugares a la

redonda haciendo pozos en la tierra en busca de algún venero que les ayudara con el riego y para alimentar el ganado. Su mamá por dar de comer a sus hijos se mal pasó mucho durante el embarazo, por lo que murió en el parto, así que fue su papá y sus hermanas mayores quienes lo criaron. Pero la sequía duró mucho tiempo y todos debían ayudar en la búsqueda del agua, así que algunos días el recién nacido tuvo que quedarse solo, lo dejaban en un guacal de madera colgado de una viga del techo de la cacita de adobe para que no lo picaran las hormigas o se rodara hasta los leños que lo mantenían en calor. En una de sus manitas le dejaban enredado un trapito humedecido con agua de arroz medio endulzada para que tuviera algo que probar y aguantara un poco el hambre.

Una tarde en que la noche ya caía y que la familia regresaba, escucharon desde lejos el llanto del bebé lleno de angustia desde lo más profundo de una gargantita desgarrada, que en momentos se ahogaba por la falta de aire. A pesar del cansancio su padre corrió lo más rápido que pudo dejando atrás a todo el huerquero. Vio la cuna colgando, moviéndose bruscamente como si el niño pateara con mucha fuerza, pero eso era imposible con lo delgadito y pequeño que era.

Cuando estuvo cerca, jaló para descolgar la cuerda que lo sujetaba al techo y lo que sus ojos captaron fue la escena más terrible que presencié en toda su vida. Un colectivo de ratas peleaba sobre aquel cuerpecito ya casi sin ropa y embarrado de sangre, rasguñando y mordisqueando la extremidad derecha donde ya no había indicios de la mano. Soltó el guacal que cayó al suelo con todo y niño, pero a penas así las malditas ratas salieron despavoridas saltando por todos lados.

Cuando llegaron corriendo los demás, ya habían terminado de escapar todas las ratas, vieron al papá con un bultito en brazos lleno de sangre y gritando que trajeran una penca de sábila que alguno de los hijos grandes trajo corriendo. Como no había agua la baba de la planta sirvió para limpiar más o menos aquella herida. Así el tío abuelo Julio creció sin su mano derecha, usando para todo la izquierda y escondiendo en su bolsillo la terrible marca de su infancia.